

decir más clara ni más verdadera? Y ¿qué otro ejemplo más conocido se podía proponer á los que desean la perfeccion, como lo es el de los muertos? Los muertos no ven ni oyen, no hablan ni se quejan, no desean ni discurren vanamente, ni el alma como está ausente se puede divertir por estos sentidos. Y vosotros, dice el Apóstol <sup>1</sup>, estais muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Y estando vuestra vida toda en Dios, ha de ser como si el alma no estuviera presente en el cuerpo, sino para las cosas que pertenecen á la honra y servicio de Dios. El que de esta manera se mira y se trata como si ya estuviera muerto, ha cerrado la puerta y cortado de raiz todas las ocasiones de fuera, que le pueden inquietar para recaer en los pecados pasados. Y este es el cuarto grado de la via purgativa de que vamos tratando.

#### CAPÍTULO XXIV.

DEL QUINTO GRADO DE LOS INCIPIENTES, QUE ES EL TEMOR DE DIOS.

**E**L quinto y último grado de esta primera jornada, es el temor de Dios, el cual ha de ser como el ayo, y la guarda, y el fiador de los principiantes para que pasen adelante en su camino, y no se vuelvan atrás cuando les diere el olor de los ajos y cebollas, y les vinieren á

<sup>1</sup> Ad Col., III, 3.

la memoria las ollas que solian comer en Egipto. Porque así suele suceder, que olvidados muchas veces de la miseria de la esclavitud pasada, toman fastidio con el maná que baja del cielo, y desean aquellos manjares groseros de que entonces se hartaban. Quiero decir, que el temor, así como es el que dió principio á nuestra justificacion, y nos arrancó de los temores del mundo y de los deleites de la carne; así es á los principios el fiador para no volver á ellas hasta que se perfecciona y se hace robusta la caridad. Y así despues de haber andado los pasos que hemos declarado, conviene afirmarse y fortalecerse en el temor de Dios. Lo cual deseaba y pedia el santo profeta cuando decia <sup>1</sup>: *Confige timore tuo carnes meas*: Enclava, Señor, mis carnes con tu temor; conviene á saber para que yo esté firme y fijo en tu servicio. Y lo mismo significó el Eclesiástico cuando dijo <sup>2</sup>: Hijo, cuando te determinares de servir á Dios, está firme en la justicia y en el temor, y apareja tu alma para la tentacion; y porque este santo temor no solamente es bueno para los principiantes, sino para todos estados y para todas edades, añadió luego el Espíritu santo: conserva siempre y guarda el temor de Dios, y persevera en él hasta la vejez.

Este temor suele ser de cuatro maneras, segun que decíamos arriba, que habia cuatro motivos diferentes para aborrecer las culpas; porque el uno nace de temer á Dios por la pena con que castiga á los malos, segun que dijo el Salvador <sup>3</sup>: No querais temer aquellos que quitan la vida al cuerpo, y no se la pueden quitar al alma; sino antes temed á aquel que puede condenar el

<sup>1</sup> Ps. CXVIII, 120. — <sup>2</sup> Eccli. II, 1. — <sup>3</sup> Math. X, 28.  
CAM. ESP.

cuerpo y el alma á la pena del infierno. Lo segundo, podemos temer á Dios porque nos puede privar de la gloria; y así dijo san Bernardo, que el primer temor es de no ser atormentados en el infierno, y el segundo de no ser privados de la vision de Dios en la gloria. Este segundo género de temor hace sola esta ventaja al primero, que puede hacer un jornalero á un esclavo: porque el jornalero teme perder la paga de su trabajo, mas el esclavo como trabaja sin esperanza de ganar jornal, no tiene temor sino á los azotes y al castigo. Y aunque esto es así; pero el uno y el otro temor es servil y fundado en interés, y por eso dijimos arriba, que los dos se reducen á un mismo motivo de aborrecer las culpas, que es el temor de la pena.

En conformidad de esto el bienaventurado santo Tomás tratando de este punto, distinguió tres maneras de temor tan solamente, conviene á saber <sup>1</sup>: Temor servil, temor filial, y temor inicial, que es medio entre estos dos, y va saliendo del temor servil, y dando principio al que llamamos filial. Porque si alguno, dice este santo, se convierte á Dios por el temor del castigo y de la pena, ese temor es de esclavos, y por eso se llama servil; pero si se convierte á Dios por el temor de la culpa, ese es temor de los hijos, y por eso se llama filial; porque así como es propio de los esclavos temer el castigo, así es propio de los hijos el temor de dar enojos á su padre. Suele tambien suceder muchas veces, que se convierte uno á Dios por el temor de la culpa, ayudándose tambien del temor de la pena; y este temor así como está en medio de los dos sobredichos, así participa algo del uno y del otro; y llámase temor

<sup>1</sup> S. Thom., 2, 2, q. 19, art. 2.

inicial, porque da principio al temor filial, y tiene algo del temor servil, y tambien porque es temor nacido de caridad principiante y menos perfecta, que por su flaqueza tiene necesidad de arrimarse algunas veces y sustentarse en el temor de la pena, hasta que la perfecta caridad echa del todo fuera á este temor, y se queda el temor de los hijos puro y fundado en solo amor. Pues cuando decimos que el paso último de esta primera jornada es arraigarse y fundarse en el temor, no entendemos del temor servil, el cual es el que suele despertar los pecadores á la penitencia; ni tampoco del temor filial que es propio de la caridad perfecta, sino de aquel temor medio, que habiendo ya dado entrada á la caridad, y principio al amor que se debe tener á Dios como á Padre, se vale y ayuda tambien del miedo de la pena, tanto más cuanto está más á los principios, y más imperfecta y flaca la caridad; y así lo declaró nuestro santo Padre en el segundo preludio del quinto ejercicio, cuando dijo <sup>1</sup>: *El segundo demandar lo que quiero; será aquí pedir interno sentimiento de la pena que padecen los dañados, para que si del amor del Señor eterno me olvidare por mis faltas, á lo menos el temor de las penas me ayude para no venir en pecado.*

Cuánta fuerza tenga este temor en el corazon de los hombres, bien claro se ve si consideramos lo que hacen para no morir, puestos en peligro de muerte, siendo finalmente forzoso el morir. ¿A qué trabajo no se ponen? ¿qué remedio por áspero que sea no admiten? ¿qué pérdida tienen por grande á trueque de no perder el vivir? y ¿de qué ganancia hacen caso, si es con peligro de morir? Pues, como dijo el Salvador, ¿qué le aprove-

<sup>1</sup> 1.<sup>a</sup> Semana, 5.<sup>o</sup> Ejercicio, preámb. 2.<sup>o</sup>

cha al hombre ganar todo el mundo, si es con pérdida y detrimento de la vida? Porque ¿de qué sirve el mundo ganado, si el que lo ha de gozar queda perdido? El santo Job comparó el temor de Dios á las olas hinchadas del mar, cuando dijo <sup>1</sup>: Temia yo á mi Dios, como á las olas hinchadas del mar, y su peso no le podía sostener. Los que han navegado saben cuán furioso es este elemento, cuando levanta las olas hasta el cielo, y las baja hasta el abismo; cuando brama alterado de los vientos, y amenaza la muerte á los que se han atrevido á pisar sobre él; cuando el navío está forcejando con los vaivenes para arrojar de sí y entregar á la mar los que habia recibido debajo de su amparo; cuando gritan los pasajeros, y con el temor de la muerte presente arrojan á la mar todas sus riquezas, pierden todos sus trabajos, malogran sus empleos, y se desposeen de aquellos bienes, que sólo por poseerlos se atrevieron á tan evidente peligro. Pues por esta causa el santo Job queriendo encarar su temor, dice: Temia yo á Dios, como cuando se levantan y se hinchan las olas del mar. Sobre las cuales palabras dice san Gregorio <sup>2</sup>: Cuando las olas hinchadas están encima y amenazan la muerte, entonces los navegantes ningun cuidado tienen de lo temporal, ni se acuerdan de los regalos ó deleites de la carne; aquellas mismas cosas, por las cuales se determinaron á tan larga navegacion, las arrojan del navío, y ninguna cosa hay que no la desprecien con el deseo y amor de vivir. Pues luego aquel se dirá que teme á Dios como á las olas hinchadas del mar, que con el deseo de la vida verdadera desprecie todo cuanto posee en este mundo. Y aunque es muy grande este encarecimiento, que dijo el santo

<sup>1</sup> Job XXXI, 23. — <sup>2</sup> Greg. 21 mor., c. 17.

Job, no es menor el del santo rey David, ni significó menos la fuerza de este temor cuando dijo <sup>1</sup>: Enclava, Señor, mis carnes con tu temor. Porque, como dice san Basilio <sup>2</sup>, así como aquellos que tienen fijados con clavos los miembros del cuerpo, no pueden moverlos para ninguna accion; así tambien aquellos cuya alma está poseida del temor de Dios, huyen y se apartan de toda ocasion de pecado, y de ninguna manera se mueven por ella por importuna y molesta que sea. Pues para criar y conservar en nosotros este santo temor, ayuda mucho la consideracion del juicio final, y para este mismo fin puso nuestro santo Padre la meditacion del infierno. Este temor se debe siempre templar con la esperanza, para que no venga en desesperacion, como lo aconsejó el Eclesiástico cuando dijo <sup>3</sup>: Los que temeis á Dios esperad en él.

## CAPÍTULO XXV.

CONCLUSION DE LO DICHO EN LOS CAPÍTULOS PASADOS.

**ESTOS** son los cinco grados de esta primera subida; ó podemos decir, que son como cinco torres repartidas en este camino, á donde debe cada uno mirar y encaminarse en los principios de su conversion, mientras anda esta primera jornada de la via purgativa. Y

<sup>1</sup> Psalm. CXVIII, 120. — <sup>2</sup> Basil. in psalm. 33. — <sup>3</sup> Eccli. IV, 8.

son cinco dictámenes ó propósitos principales, á que se reducen todos los demás propósitos ó sentimientos particulares, que pueden ayudar á los principiantes á purificar su alma de las culpas de la vida pasada; los cuales están tan trabados entre sí, y tan subordinados y dependientes de los primeros los que se siguen despues de ellos, como lo suelen estar en un camino de las primeras jornadas las que están más adelante, que no se puede llegar á las segundas sin haber ya caminado las primeras. Porque ¿qué cosa hay más propia y natural de de un hombre que vuelve sobre sí despues de haberse perdido, que poner las mientes y el cuidado en el término y fin de su camino, á donde habia de ir, y de donde se descaminó, y determinarse á tomar otro camino que le lleve á él, como dijo el santo Profeta <sup>1</sup>: *Cogitavi vias meas, et converti pedes meos in testimonia tua?* He reparado, dice, en mis caminos, y advertido que iban errados, y volví mis pasos hácia tus mandamientos. Y quien se determina de desandar lo mal andado, y buscar camino para alcanzar su último fin, no puede dejar de aborrecer y arrepentirse de los pasos errados que le apartaron de él, que es lo mismo que aborrecer los pecados que nos apartaban de nuestra salvacion y bienaventuranza, y nos llevaban á eterna condenacion; y quien aborrece los pecados, es fuerza que se resuelva de no volver á ellos; y quien trata de veras de la enmienda, ha de quitar las ocasiones de las recaídas. Y porque en todo esto hay muchas dificultades, y pasos muy peligrosos y resbaladizos, es menester que se afirme y sustente en el temor de Dios, entre tanto que la caridad se hace robusta y perfecta; que cuando lo sea, ella le unirá

<sup>1</sup> Psalm. CXVIII, 59.

con Dios con los clavos del amor, más fuertemente que lo pudiera estar con los del temor.

A estos cinco propósitos y dictámenes, y por este mismo orden fué introduciendo prácticamente nuestro santo Padre á los principiantes en los ejercicios de la primera semana; porque el amor del último fin, y determinacion de conseguirle, cuanto es de nuestra parte, y el modo de caminar á él por el camino de la indiferencia, tomando y dejando las criaturas como nos ayudaren ó desayudaren para este intento; esto es todo lo que se pretende en la meditacion del fundamento. El dolor de los pecados con todos los motivos loables y provechosos que nos pueden mover á él, está practicado en el ejercicio de las tres potencias, y en el de los pecados. La enmienda para lo de adelante se pide en los mismos dos ejercicios, y particularmente en los coloquios, y expresamente se propone en el coloquio del segundo ejercicio de los pecados. El huir las ocasiones con conocimiento de lo que es el mundo para aborrecerle, y huir de sus vanidades y engaños, es uno de los principales frutos de las dos repeticiones, que se viene á coger en el fervor de los tres coloquios que se hacen en ellas. Lo último, que es el temor, para tenerle como por resguardo y fiador en caso que se resfriase la caridad, es todo el intento del ejercicio del infierno.

Estos cinco sentimientos ó propósitos es lo que se desea, y lo que se pretende, y lo que se busca por medio de estos ejercicios, y lo que dijo nuestro santo Padre en la anotacion cuarta, que unos son más tardos y otros más prontos para hallarlo. Esto es aquello, sin lo cual no ha de quedar ninguno de los que se ejercitan, y en orden á lo cual se ha de tomar más ó menos tiempo, pero todo lo que fuere necesario; y más ó menos meditaciones,

estas ó aquellas, pero todas las que fueren menester, y las que se juzgaren por más convenientes para alcanzarlo. Y el que da los ejercicios debe mirar con atención, en cuál de estos propósitos está más flaco su ejercitante, para cargar allí la mano, y darle meditaciones más vivas y eficaces que le ayuden á repararse y tomar fuerza en él. Porque no ha de pensar nadie que ha hecho los ejercicios de la primera semana, porque medita estos puntos ó estas materias que se señalan en ella, sino porque trata de alcanzar estos propósitos, y de arraigarse cada dia más y aprovecharse en ellos, y porque se examina á sí mismo, y se prueba cuánto tiene y cuánto le falta de ellos para buscar medios y caminos, ejercicios y meditaciones para alcanzar lo que le falta. Y cada uno se persuada, que la tibieza ó flaqueza en estos afectos le hará tanta falta para crecer despues en espíritu, cuanta falta es la flaqueza de los cimientos para el edificio que ha de subir y cargar sobre ellos; y que si no es en alma bien purificada no se puede reformar con primor la imagen de nuestro Salvador, que es lo que se pretende en las semanas siguientes.

---

## CAPÍTULO XXVI.

DE LAS VIRTUDES QUE SE HAN DE EJERCITAR EN LA PRIMERA SEMANA Y VIA PURGATIVA.

**H**ABIENDO tratado hasta aquí de los dictámenes y propósitos que se han de procurar sacar de los ejercicios y meditaciones de la primera semana, y del

orden que se debe guardar en ellos, resta decir de las virtudes que se han de ejercitar, que son propias de los incipientes y de la via purgativa. Porque para purificar el ánima no bastan dictámenes y propósitos, si no se llega á la ejecucion; y por eso decíamos arriba, que los pasos con que se hace el ejercicio espiritual, son de parte del entendimiento, el conocer la voluntad divina, cuanto á la disposicion de nuestra vida, y santidad y pureza de nuestras acciones, y de parte de la voluntad, el proponer y el ejecutar. En esta ejecucion se debe tambien guardar su cierto orden; así como dijimos que se ha de guardar en el proponer. De manera, que así como para levantar un edificio es menester proceder ordenadamente, porque no se puede hacer la techumbre antes que los fundamentos; así tambien es cierto, que entre las virtudes hay unas que son como fundamentos, y sin las cuales no se pueden alcanzar otras, y que las primeras disponen y facilitan el ejercicio de las que siguen, y generalmente vemos esto en todas las artes, que es necesario proceder con cierta traza y orden para conseguir el intento de ellas; la cual si guardaran los que tratan de su aprovechamiento espiritual, por ventura sacaran mayor fruto de sus ejercicios.

Habiendo pues de guardar alguna traza y orden en el ejercicio de las virtudes, la razon pide que empecemos por aquellas, que por una parte sean más acomodadas al estado y disposicion en que cada uno se halla, y por otra tengan tanta correspondencia y trabazon con las demás virtudes y con todo el discurso de la vida espiritual, que recogiendo toda la atención á una sola virtud se ganen de camino todas, y ejercitándose en una, sin echarlo de ver se ande todo el camino hasta tomar puerto en la union con Dios. Veamos pues ahora qué virtu-

des son aquellas en que los incipientes deben poner todo su cuidado y á que deben aplicar toda su atencion para conseguir el intento de esta primera jornada. Y digo que conforme á la doctrina de nuestro santo Padre, en la primera semana y estado de los incipientes se debe uno ejercitar en la guarda de la celda; esto es, en la soledad y silencio, porque demás que son virtudes que tienen cuerpo, y por eso más acomodadas para los menos ejercitados, tienen su correspondencia con todas las virtudes, y ayudan y acompañan en todas las jornadas de la perfeccion, y en todos tres estados de principiantes, proficientes y perfectos. Porque la soledad preocupa el tiempo, mortifica los afectos, adormece las pasiones, desvia las ocasiones, quita los cuidados, serena las potencias, y desocupando el alma de todas las criaturas, la dispone para acercarse más y unirse con Dios. El silencio es el freno de todas las pasiones, y la guarda de la devocion y del fervor, y la llave con que el hombre interior está recogido y encerrado dentro de sí mismo; y como dijo san Diadoco <sup>1</sup>: *Præclara res est silentium, nihilque aliud, quam mater sapientissimorum cogitatum*. Excelente cosa, dice, es el silencio, y no es otra cosa, sino madre de sapientísimos pensamientos. Pues como quiera que todo el ejercicio de las virtudes se gobierne por los pensamientos, y la primera entrada de la gracia sea por el pensamiento, bien se ve cuánto importa el silencio para alcanzar las virtudes, pues es madre de buenos pensamientos. Y como de ordinario la flaqueza en las ocasiones, y las caidas en las tentaciones procedan de no estar uno atento á las razones eternas, ni armado y prevenido con buenos pensamientos; bien se ve cuánto

<sup>1</sup> S. Diad. c. 70.

daño hace para esto el mucho hablar, de donde nace traer el espíritu divertido y fuera de sí, y como dice el mismo santo <sup>1</sup>, es causa de que el espíritu *Tempestivis et opportunis cogitationibus privetur*. Esto es, que no esté atento á los pensamientos que pide el tiempo, y la ocasion. De lo cual se ve que la soledad y el silencio ayudan de muchas maneras, como está dicho, á conseguir la perfeccion.

Y no menos toca esto á los que por razon de su profesion son llamados particularmente á tratar y conversar con los prójimos, y reducir las almas á su Criador, ni por eso se han de olvidar de estas virtudes, ni tenerse por menos obligados á la guarda y ejercicio de ellas. Porque si miramos su propio aprovechamiento, no menos las han menester, sino tal vez mucho más, que los solitarios; y si miramos el aprovechamiento de sus prójimos, tienen razones particulares para procurarlas, que no tienen los solitarios. Porque los monjes y anacoretas, de tal manera entran en la soledad, que se quedan siempre en ella; pero los que tienen obligacion de salir á tratar con los hombres por el bien espiritual de los mismos hombres, de tal manera se han de retirar á la soledad, que á sus tiempos han de salir de ella, y cuando salen han de llevarse consigo la misma soledad, y traerla á las ciudades, y á las calles y plazas, y al concurso de los pueblos y gente. Porque así como el que anda de ordinario derramado y distraido, si alguna vez se recoge á su celda, allá se lleva consigo el ruido de las plazas y de las ciudades; así el que á sus tiempos es amigo de su recogimiento, cuando sale á las calles y á las plazas se lleva consigo la soledad; porque estando entre los

<sup>1</sup> S. Diad., c. 70.

hombres no tiene delante sino á solo Dios, y hablando con los hombres habla de Dios y á honra de Dios, como decia de sí el Apóstol <sup>1</sup>: *Sicut ex Deo, vel coram Deo in Christo loquimur*. Hablamos á honra de Jesucristo palabras como recibidas de Dios, y dichas en la presencia y acatamiento de Dios. Lo mismo que he dicho de la soledad, digo tambien del silencio. Porque los solitarios guardan el silencio para nunca hablar; pero aquel á quien Dios ha encomendado el ministerio de la palabra, ha de guardar el silencio para sazonar con él sus palabras; porque la sal de las palabras es el silencio. El que no sabe acallar el tropel de sus pensamientos, los declara tambien de tropel y desordenadamente; y así su razonamiento es sin gravedad, sin peso, sin eficacia y sin sabor, y por eso no sabe hablar quien no sabe callar. Luégo el silencio es el que da su punto y sazon á las palabras. Sea pues el primer cuidado de los que tratan de su perfeccion, acostumbrarse á la soledad y al silencio, cada uno segun y quanto permite su estado y el espíritu de su vocacion; y el que no ha grangeado en esto ningun caudal, haga cuenta que no ha entrado por la primera puerta de los ejercicios, como declararemos más de espacio en los capítulos siguientes.

<sup>1</sup> II Cor. II, 17.

## CAPÍTULO XXVII.

QUE LOS INCIPIENTES, QUE ESTÁN EN LA VIA PURGATIVA, SE DEBEN EJERCITAR EN LA GUARDA DE LA SOLEDAD.

**C**UENTA de sí mismo Paladio, que hallándose una vez combatido de una profunda tristeza, y desanimado á proseguir el ejercicio y lucha espiritual en que estaba, se fué á san Macario, y le dijo: Padre, mis pensamientos me afligen, porque me dicen que me vaya del monasterio, porque aquí ni hago nada, ni me aprovecho nada. Y el santo le dijo: Responde á tus pensamientos: *Propter Christum custodio hos parietes*: estoy guardando estas paredes por amor de Jesucristo. Respuesta muy sabia y de maestro de mucha experiencia. Porque juzgo que no hay hombre tan imperfecto y tan poco ejercitado, que ya que no pueda ser señor de sus pensamientos y de sus afectos para emplearlos en la contemplacion de Dios, por lo menos no lo pueda ser de sus movimientos corporales para hacerse fuerza y estar fijo en la guarda de su celda. Demás de esto dió á entender, que las paredes de la celda eran un tesoro tan grande, que todo un hombre estaba bien ocupado en solo guardarlas. Y que los demonios ponen tanto cuidado en robarnos estas paredes, que ningun cuidado y vigilancia sobra para guardarlas; y que cuando no hagamos más que estarnos á vista de nuestras paredes, será tanto el fruto espiritual